

Estará sin riesgo ahora,
vos . . . Guardadla vos, señora.
(*Dándola la carta del conde.*)

REINA. Sangro! No . . . vos . . .
QUEV. Y el tirano!
ved que estoy bajo su ley.

REINA. Guárdala tú. (*A Margarita.*)

MARG. Cómo! en dónde!

QUEV. (*Arrodillándose.*) Tomad la carta del conde!

OLIV. (*Apareciendo por la puerta secreta con
Mendaña, Castilla y Grana.*)

Esta primero . . . Es del rey!

(*La reina, que iba ya á tomar la carta de Quevedo,
toma la que le ofrece Olivares. Quevedo se le-
vanta, y guarda la suya con despecho.*)

Al entrar en su carroza
"para la reina" me dijo.

REINA. (*Después de leer un momento.*)

No estuvo el rey muy prolijo.
(Cuánto en mi dolor se goza!)
Ordenes son que en su ausencia
el rey me encomienda á mí.

OLIV. Señora, todos aquí
os debemos obediencia.
Con la puerta principal
hice abrir hará un momento
la que une vuestro aposento
á la cámara real.

REINA. Cuanto al dejar su morada
mandó el rey. . . .

OLIV. En cierto modo,
fué para la reina todo.

REINA. (*Y para la esposa nada!*)

OLIV. Hoy, humildes servidores,

al rey miramos en vos.

REINA Basta, Olivares.—Adios (*Despidiéndose.*)

OLIV. Saludo. . . á mi rey.—Señores,
id. . . Muy contentos y ufanos
hoy con un rey de ese porte,
pienso que le hareis la corte
como buenos cortesanos.

(*La reina entra en su cámara acompañada de Mar-
garita y seguida de Mendaña, Castilla y Grana.*)

ESCENA XI.

QUEVEDO, OLIVARES.

OLIV. Vos, no vais. . . .

QUEV. Porque me quedo.

OLIV. (*Señalando los pedazos de papel.*)
Ved. . . trocitos de esperanza. . .
¿no los unisteis, Quevedo?

(*Quevedo se sienta en un sillón.*)

Cómo! . . . os sentais? Yo no puedo
permitir. . . .

QUEV. Parece chanza,
y así estoy mas descansado.

OLIV. Venzo al fin, y estais perdido.

QUEV. Pues me perderé sentado.
Mas, si venzo, estoy ganado. . . .

OLIV. (*Interrumpiéndole.*)
Cómo os ganareis. . . .

QUEV. Tendido.

OLIV. Al respeto me faltais!

QUEV. Nada temo, si perdeis;

nada espero, si ganais;
y en mí, ganeis ó perdais,
ya ni quitais ni poneis.

OLIV. Parece que estais de humor.

QUEV. Mucho!

OLIV. Os le quiero seguir.

QUEV. Bravo! . . . Mejor que mejor,
como en placer y en dolor
suele Mendaña decir.

OLIV. La esperanza que os rasgué
y ahí en trocitos está. . . .

La de la espalda. . . .

QUEV. Ya sé. . . .

OLIV. Cayó en mis manos. . . . A fe
que el cómo gracia os hará.

—El buen rey se paseaba,
y yo en su mesa escribia;
pero él, que á mi espalda estaba,
muy curioso me miraba. . . .

Y al fin con sorpresa mia:
—Quién á mi buen favorito
pone mazas sin respeto?
dijo, y me dió el papelito.

QUEV. Cómo! . . . El rey os dió el escrito!

OLIV. (Riéndose.) Sí.

QUEV. (Levantándose.) Pues. . . anduvo discreto.

OLIV. Suponeis?

QUEV. Que lo leyó.

OLIV. Eso al pronto me temí. . . .
mas conmigo se rió
de la gracia y. . . . ví que no.

QUEV. Pues luego vereis que sí.

OLIV. No.—Al partir, muy lisonjero
me habló el rey. . . . Besé su mano, . . .

QUEV. Pues así besa el cordero
la mano del carnicero. . . .

OLIV. Delirais.—El soberano
con su real mano despues
puso una carta en las mias
para la reina. . . .

QUEV. Eso es. . . .

¿Y no os ha ocurrido, pues,
que era la carta de Urias?

OLIV. Eso pensais?

QUEV. Sí, por Dios!

Todo el rey lo sabe ya;
ya no sois uno los dos! . . .
Ya el rey os execra á vos. . . .
Y en su carta. . . .

OLIV. Claro está. . . .

prevendrá el rey (Dios le guarde)
á la reina, con decoro,
que ella misma en regio alarde
á las cinco de esta tarde
me ofrezca la copa de oro.

QUEV. No.

OLIV. Las cinco van á dar.

—El rey á la reina ha escrito,
y hoy la reina á su pesar
debe al favorito honrar. . . .

QUEV. O perder al favorito.

— Ya nõ hay copa de oro. . . . nõ.

(Da la primer campanada de las cinco.)

OLIV. Escuchad. . . . llegó el momento.

QUEV. (Me asesina ese reló.) (Pausa.)

Cinco. . . . campanadas. . . .

OLIV. (Mirando á la puerta del fondo con terror.)

Oh!

QUEV. (Despues de un momento.)

No hay copa!

OLIV. (Estoy sin aliento.)

- QUEV. Dió la postrer campanada. . .
 mas no se abre aquella puerta. . .
(Sonrisa de Quevedo y espanto de Olivares.)
 no. . . no se abre. . . nada. . . nada. . .
 Mirad. . . cerrada. . . cerrada. . .
(La puerta se abre.)
 Oh! *(Con rabia.)*
 OLIV. *(Con sonrisa de triunfo.)*
 Mirad. . . abierta. . . abierta! . . .

ESCENA XII.

Dichos, y al abrirse las hojas del fondo aparece MENDAÑA trayendo en una bandeja una copa de oro con un billete cerrado en el fondo. Al lado de MENDAÑA salen GRANA y CASTILLA. Durante los versos que siguen, el primero baja la gradieria del centro, seguido de un ugiér; y los otros dos, por los ramales de derecha á izquierda, abriendo la marcha á dos filas de caballeros, pages, damas y meninas que se colocan luego en semicírculo, dejando en el centro á MENDAÑA con el ugiér á la espalda.—Al bajar la comitrea, la REINA aparece en la galera entre MARGARITA y DOÑA ISÉA.

- QUEV. *(Siempre la loca fortuna mala fué para los buenos! . . .*
 —El cielo. . . —Allí está la luna,
 y esa no da luz ninguna
 cuando la noche es de truenos!)
 OLIV. Mato al fin vuestra esperanza.
 —En San Marcos de Leon
 será horrible mi venganza! . . .
 QUEV. Teneis. . .
 OLIV. Poder y privanza. . .
 Mirad! . . .
 UGIÉR. Silencio! atencion!
 REINA. Conde-duque, sentaos y cubrios. *(Hácelo*
(Me querrá ver el rey, mas humillada.) (así.
 Gozais de tan cumplida preeminencia
 desde que el rey os concedió esta gracia.
(La reina debe decir esto lentamente y como haciendo un esfuerzo para ello.)
 H oy, al partir el rey á San Lorenzo,

- para la reina os entregó una carta:
 me la dísteis: en ella me previene
 el rey, bajo su firma soberana,
 que en honor. . . vuestro, y en servicio su-
 Yo, que la reina soy de las Españas, *(yo,*
 solemnice tambien la ceremonia
 que él dejó á su partida preparada.
 Y así, con mi presencia enalteciendo
 una régia merced, que es ya tan alta,
 Yo—la reina— á ofreceros he venido,
 porque el rey, mi señor, así lo manda,
 ese presente real que sobre el trono,
 bajo el rico dosel, en la real cámara,
 dejó para esté fin el soberano
 que os acuerda merced tan señalada.
 Como todos los años, en la copa
 un pliego para vos puso el monarca. . .
 Recibid esa copa y ese pliego,
 y. . . Dios. . . os dé. . . *(Pausa.)*
(Olivares mira á la reina, que se echa llorando en brazos de Margarita.)
 MARG. *(Concluyendo la frase de la reina y con solemnidad.)*
 Lo que ¡Dios os falta!
 OLIV. Como súbdito fiel, cumplir me toca
 La voluntad del rey, siempre sagrada.
 Hoy me prescribe que su copa acepte:
 yo la acepto á mi vez.—Debo aceptarla.
[Toma la copa que Mendaña le presenta con una rodilla en tierra. El ugiér toma tambien la bandeja, y se retira seguido de la gente palaciega, subiendo las escaleras laterales, y entrando por detrás de la reina. Entretanto, Mendaña y los demas van pasando delante de Olivares para hacerle un saludo de parabien; Quevedo pasa el último, y al llegar á su lado, se vuelve á la meseta y saluda á la reina; todo esto durante el tiempo que se tarda en decir los versos que siguen.]
 MARG. *(Ap. á la reina.)*
(Lloras! . . . Reina, valor! . . . Ojos enjutos y frente real, desprecio y arrogancia.)

REINA. (Angustia, humillacion.)
 MARG. (Orgullo, reina,
 que el orgullo engrandece la desgracia!)
 OLIV. Como siempre, en la copa viene un pliego,
 todo de puño real, con régias armas,
 en que recuerda los servicios mios
 —bien escasos á fe.—nuestro Monarca.
 En este pliego, como siempre, ahora
 El gran Felipe Cuarto, honor de España,
 frases de amor sincero me dirige,
 que yo—sábelo el rey—grabo en el alma.
 —Segun uso y costumbre, un caballero,
 el mas ilustre y distinguido que haya
 presente é la sazón, debe á su turno
 abrir el pliego real, y en voz bien alta,
 delante de la corte, repetirme
 su contesto, palabra por palabra. . . .
 —Si Quevedo se digna. . . .
 QUEV. (Con rabia.) Yo! . . . (Reprimiéndose.) Me
 (Ap. á Olivares.) (digno,
 (Por respeto á esa reina desgraciada.)
 OLIV. Pues tomad el papel.
 (Ap. á Quevedo.) (Bravo soneto!)
 QUEV. (Idem.) (Sonetos hay pardiez. . . .
 OLIV. (Sin consonancia.
 Tales los hay á veces—y ese es uno—
 que al lector mas robusto le atragantan.)
 —Señores, atencion:—Leed, Quevedo,
 en voz sonora y halagüeña y clara. . . .
 QUEV. Sonora y halagüeña y clara, como
 el órgano, y el céfiro, y el agua.
 (Mirando el pliego.)
 MARG. (Su amor consagra el rey á su enemigo.)
 REINA. (Y á su esposa infeliz ;que la consagra?)
 MARG. (No llores, por piedad.)
 QUEV. (Cariño imbécil
 el de ese imbécil rey.—Dice la carta:

(Leyendo.)
 “A nuestro muy querido. . . . (Deteniéndose-
 El conde-duque.” (sa.)
 OLIV. Proseguid, proseguid.
 QUEV. (Leyendo.) “Salud.”—(Tercianas!) (Ap.)
 (Olivares se inclina.)
 OLIV. Sobrescrito feliz. . . . Romped la nema,
 pues lo mas principal es lo que falta.
 Las lisonjas del rey; esos elogios
 que al nivel de su trono me levantan. . . .
 —Hoy el rey, mi señor, me hace dichoso!
 QUEV. (Desgarrando á la reina las entrañas!)
 (Rompe el sello con cólera.)
 OLIV. Repetidme sus frases cariñosas.
 REINA. (El corazon del pecho se me arranca.)
 OLIV. Señores, atencion.—Leed, Quevedo,
 en voz sonora y halagüeña y clara. . . .
 QUEV. (Conde-duque!) (Aparte á Olivares.)
 OLIV. Leed.—(Mirad mis ojos
 radiantes de rencor y de venganza!)
 QUEV. (Os desprecie!)
 (A todos.) Escuchad.—(No! no hay justi-
 cia. . . .)
 MARG. (A la reina, que manifiesta terrible angus-
 (Valor! valor!) (tia.)
 REINA. (Mi espíritu desmaya.)
 (Se echa en brazos de Margarita.)
 OLIV. Ya vereis cuánto honor! . . . —Al punto. . .
 QUEV. (Preparándose á leer.) Al punto. . .
 REINA. (Ciegan mis ojos. . . .)
 QUEV. (A todos.) Escuchad. (Oh, rabia!)
 (Leyendo.) “Mi buen Olivares: no he menester encarecerte mi
 gran cariño, que es superior, y tú lo sabes, á todo encareci-
 miento. Aunque públicas son en estos reinos las pruebas del
 amor con que te distingo, hoy he de darte una mayor que to-
 das, y dártela quiero como amigo, que no como monarca.—May
 luego daré á Madrid la vuelta: y como cumplo á mis desig-
 nios que tú conozcas ántes esa prueba de mi buana amistad,
 no debo diferirla.—Es un aviso cariñoso de mi corazon: ten en

cuenta el aviso, porque te importa mucho.—Olivares! . . . si estuvieses en mi alcázar á mi regreso, el amigo te dará sus brazos. . . . El rey . . . su verdugo."

(Movimiento general de asombro.)

OLIV. (Soltando la copa y con un grito de an-
Ah!
(gustia,

REINA. (Con emociion y júbilo.)
Gran Dios!

MARG. (Conteniendo á la reina, y como si quisiera escuchar aun el eco de las últimas palabras de la carta.)

Silencio!

QUEV. (Poniendo á Olivares el papel delante de los ojos, pero con dignidad.)
Ved.

OLIV. (Dajándose caer en su sillón con desaliento.)
Miseró de mí!

(to.

(Quevedo se dirige hácia la reina: Mendaña y Grana separándose de Olivares, le salen al encuentro. Castilla permanece cruzado de brazos cerca de Olivares.)

MEND. (A Quevedo.) Qué asombro!

QUEV. Y así le dejais! . . . Volved! . . .
Si os dió arrimo una pared
y se hunde. . . . arrimadla un hombro.

(Movimiento en los dos.)

Sombra y nido á vuestro gusto
os dió un árbol. . . . cayó allí! . . .

Mas si al dejarle con susto,
buscáis otro mas robusto. . . .
No le encontraréis en mí!

Nunca, no.—Sobre cascajos,
tronco soy de rudas quiebras,
que, creciendo entre espantajos,
ni ofrece nido á los grajos,
ni da sombra á las culebras.—

Ya en la cortesana grey
no hay reyezuelos. . . . Hay dos

reyes. . . . La reina y el rey! . . .

(Volviéndose á la reina.)

Señora, cambió la ley.

REINA. Quevedo, que os oiga Dios!

QUEV. Hoy que Dios en su bondad
la luz del bien nos envía
tras de tanta oscuridad,
para vuesa magestad
¡grande, señora, es el día!
Hoy ante el solio español
se dilata el horizonte,
y entre nubes de arrebol
mas claro amanece el sol
porque se derrumba el monte.

(A todos.)

El rey. . . . la reina despues!

CAST. Si hoy, por fin de sus pesares,
ya la reina reina es,
sirva de alfombra á sus piés
el sombrero de Olivares.

(Se lo arranca de la cabeza, y lo arroja á los piés de la reina, que baja las gradas con Margarita y Doña Inés)

UN PAGE. (Entrando.) Para la reina este pliego
del rey, que en Atocha está.
(Quevedo lo presenta á la reina.)

REINA. (A Quevedo.) Yo en vuestras manos lo entrego.
(Quevedo lo abre y lee.)

MARG. (Acercándose á Olivares despues de tomar el sombrero del suelo.)

Conde-duque, á vos me llego,
pero sin rencores ya.—

Contrarios fuimos los dos;
pero aquí cesa mi encono.—

Matarme quisisteis vos. . . .

—Pues bien; que os perdone Dios,
lo mismo que yo os perdono!

Y pensad en vuestra cuita
que si audaz un caballero
hoy hasta el sombrero os quita. . . .
Yo. . . la infanta Margarita,
hoy. . . os devuelve el sombrero.

(*Da el sombrero á Olivares, que lo toma confuso.*)

REINA. (*A Quevedo, que ha leído ya el pliego.*)
Ordenes del rey serán?

QUEV. Que se cumplan sin demora
quiere el rey.

REINA. Se cumplirán.
(*Quevedo la ofrece el pliego.*)
bien en vuestra mano están.
Vos. . . .

QUEV. Obedezco, señora.
(*A Olivares.*)

Y vos no os hagais rehacio:
por orden del rey, salid
—sin mas término ni espacio,—
ahora mismo de palacio,
y mañana de Madrid.

(*Olivares se dirige á la puerta como maquinclmen-*

MEND. (*A Quevedo.*) Bien: mejor! (te.

QUEV. Vos, á su lado.—

Como un perro y mas puntual
seguísteis siempre al privado. . . .
Seguid, pues, al desterrado,
y sereis perro leal!

MEND. Para mí tanta dureza!

QUEV. Comprended, si no sois perro,
que uno acaba y otro empieza:
os dió sombra en su grandeza. . . .
dadle sombra en su destierro!

MEND. Pero. . . . hacerme de desterrar! . . .

QUEV. Eso, segun vuestro humor,
es mejor. . . .

MEND. (*Con asombro.*) Mejor!

QUEV. Mejor.
que si os hiciesen ahorcar!

MEND. Mejor, mejor por mi vida!

OLIV. (*Con desvario.*) Todo convertido en nada!

MEND. (*Dando el brazo á Olivares.*)
Conde-duque, de partida.

OLIV. (*Preocupado.*) Dónde?

MEND. A buscar salida,
porque se cerró la entrada.

(*Los dos se dirigen á la puerta de la derecha.*)

OLIV. Si el verdugo ha de apretaros. . . .
(*Con profunda angustia.*)
Ay Mendaña!

MEND. Ea, valor!

OLIV. Desterrarme!

MEND. Desterrarnos!

OLIV. Nos destierra!

MEND. Pudo ahorcarnos! . . .

QUEV. Conque. . . mejor que mejor. (*Vánse.*)

El rey anuncia ademas
que no ha de haber favoritos
ya en su palacio jamas. . . .

(*Rumor lejano.*)

—Pero ese rumor. . . .—Quizás
llega ya el rey.

REINA. Esos gritos. . . .

QUEV. De gozo, señora, son;
El pueblo con sus clamores
celebra su rendicion! . . .

GRAN. Pues que el rey llega. . . .

REINA. Es razon;

id á su encuentro, señores.

QUEV. (*A Castilla.*)

Decid á Mendaña vos,
que si el destierro le es duro,
vuelva á entrar del rey en pos.

(*Vánse Castilla y Grana por la derecha.*)

MARG. ¡Dejará solo ¡Gran Dios!
á Olivares?
 QUEV. De seguro.
 MARG. ¡Qué barbarie!
 QUEV. *(Con amarga ironía.)*
 No, es piedad. . . .
 El dolor, por el contrario,
 Diz que ama la soledad. . . .
(Con sarcasmo sangriento.)
 Por eso la humanidad
 deja al dolor solitario!

ESCENA XIII.

QUEVEDO, MARGARITA, la REINA.

QUEV. *(A Margarita, sacando la carta del conde.)*
 Vos señora. . . .
 MARG. *(Tomándola.)* Dadme luego. . . .
 QUEV. Al paso, en cualquiera parte.
 MARG. Sepa el rey que estuvo ciego. . . .
(Dirigese á las gradas rápidamente.)
 REINA. Dónde vas?
 MARG. *(Agitando el papel desde la meseta.)*
 Voy á salvarte. *(Entra.)*
 QUEV. Esa carta salvadora,
 de vuestra virtud responde:
 La escribió con sangre el conde,
 y el rey va á leerla ahora.
 REINA. Será inútil. . . . Tantos dias
 de olvido y separación! . . .
 Ya del rey el corazon
 entre torpes mancebías. . . .
 QUEV. Ya su ángel malo en el cieno,
 no podrá hundirle en el vicio.
 REINA. Le dejó en el precipicio! . . .
 QUEV. Que le salve su ángel bueno.
 Sedlo vos.

REINA. Y su desden?
 QUEV. Del bien le alejaron ya! . . .
 Vuestra mano bastará
 para conducirle al bien.
 —Ya no hay quien siembre zizaña;
 amadle, y que os ame á vos;
 y haced, unidos los dos,
 la felicidad de España!
 REINA. Fuera en ello tan dichosa!
 MARG. *(Apareciendo en el fondo.)*
 El rey. . . .
 REINA. ¡Quiere ver quizás
 á la reina?
 MARG. Mucho mas!
 Quiere abrazar á la esposa.
(La reina y Quevedo suben las gradas.)
 REINA. *(Azorada.)* El rey. . . .
 MARG. *(Señalando el fondo por entre las hojas en-
 treabiertas.)*
 Mirale. . . . hácia aquí
 con toda su corte avanza. . . .
 REINA. El temor y la esperanza. . . .
*(Siéntense en el fondo pasos y ruido que se apro-
 ximan.)*
 MARG. Ven á su encuentro! . . .
 QUEV. Sí, sí!
 Y á la clara luz del sol
 al rey amando leal,
 dadle tan solo un rival. . . .
(Gritos del pueblo.)
 ese buen pueblo español.
*(La reina, conducida por Margarita, entra y se dirige á la izquierda
 Al abrirse las hojas, en el fondo aparecen caballeros, y en primera
 línea Mendaña, Castilla; pages y guardias que van desfilando há-
 cia la izquierda.)*
 MARG. Ven.
 REINA. *(Dentro con un grito de júbilo.)*
 Mi esposo. . . . Dicha entera!

Que mis brazos te reciban! . . .
MEND. Vivan nuestros reyes! . . .
TODOS. Vivan! . . .
MEND. *(Dirigiéndose á la izquierda.)*
 Todos adentro!
(Todos marchan á la izquierda, de modo que se note el movimiento al cerrar Quevedo las puertas.)
QUEV. *(Saliendo y cerrando tras de sí la puerta.)*
 Y yo afuera.

ESCENA XVI.

QUEVEDO, luego **MARGARITA.**
QUEV. Todos se van.—Yo me quedo.
 —Bien; importe por importe,
 si se restan con el dedo,
 debe la corte á Quevedo
 lo que Quevedo á la corte.
 Todos, en tan fausto día,
 van á donde el viento va
 en revuelta algarabía. . . .
 —Quevedo. . . en tanta alegría
 quién de tí se acuerda ya?
(Margarita aparece, y al ver que Quevedo comienza á bajar por la izquierda, baja por la derecha mirándole con asno.)
 Con su ayer y sus historias,
 un recuerdo. . . está perdido
 siempre en el hoy de las glorias! . . .
 Que al fin, siempre las memorias
 son merienda del olvido!
 Tu presencia en tal morada
 fuera un recuerdo importuno. . . .
 Y hoy, al fin de la jornada,
 al pensar todos en nada,
 ya no piensa en tí ninguno.
 En tí, ni aun despues de todo
 —sí á buena luz lo escudriñas—
 pensarán. . . como el beodo
 piensa, al empinr ela codo,

en el que plantó las viñas.
 —¿Quién se acuerda ya? . . . Lo sé. . . .
(Baja el último escalon, y se vuelve hácia la derecha; Margarita á su vez sigue el movimiento contrario.)
 Ninguno, ninguno. . . *(Viéndola.)* Ah! Si . . .
(Se acercan.)
 En este momento á fe
 pensaba. . . .
MARG. Comprendo en qué. . . .
 Y errásteis pensando así.
QUEV. Perdonadme. . . En tal momento. . . .
MARG. Que así me ofendiéseis vos! . . .
QUEV. Yo siento. *(Con emocion.)*
MARG. *(Idem.)* Tambien yo siento, . . .
QUEV. Dulce y comun sentimiento,
 que es el alma de los dos!
MARG. *(Señalando el corazon.)*
 Siempre aquí!
QUEV. *(Idem.)* Tambien aquí!
 Inmenso ideal, profundo! . . .
MARG. Digno de vos y de mí,
QUEV. *(Asiendo las manos de Margarita.)*
 Y eterno, eterno!
MARG. Si, sí . . .
 —Pero que lo ignore el mundo!
QUEV. A ser nacimos quizás
 siempre amantes. . . .
MARG. Siempre buenos. . . .
 Ay! venturosos. . . jamas! !
(Separándose con dolor.)
QUEV. ¿Por qué yo no nací mas?
MARG. ¿Por qué yo no nací ménos?
 —Lo hizo Dios. . . y él nos lo advierte:
 un loco amor dió por fruto,
 —no siendo comun su suerte—
 á Villamediana muerte,
 y á la reina llanto y luto! . . .

Tales son sus condiciones. . . .
mi sosiego y vuestra vida
por fugaces ilusiones. . . .

—Dénse nuestros corazones
su postrera despedida!

QUEV. Qué desventurado soy!

MARG. *(Con acento de persuasion.)*

Muerto fué Villamediana. . . .

(Movimiento desdeñoso de Quevedo.)

y la reina. . . .

QUEV. *(Interrumpiéndola.)* Basta.—Hoy
mismo á mi Villa me voy.

MARG. Bien! Yo á un convento mañana!

QUEV. Y allí con honda querella

diré á mi suerte cruel:

¡por qué me separas de ella!

Y vos. . . .

MARG. Yo diré á mi estrella:

¡por qué me separas de él!

QUEV. *(Con amargura.)*

Adios!

MARG. Adios!

QUEV. *(Aparte y alejándose lentamente por la
derecha.)*

(A la orilla

morir ahogado! . . . Oh tormento!

MARG. *(Idem, idem por la izquierda.)*

(Arde el llanto en mi megilla!)

QUEV. *(Con profundo dolor, volviéndose desde la
No os olvideis de la Villa! (puerta.)*

MARG. *(Llorando y volviéndose tambien por el la-
do opuesto.)*

Pensad vos en el convento! !



ESCENA ULTIMA.

*Dichos y MENDAÑA, CASTILLA, GRANA con varios caballeros que en
este momento aparecen abriendo las hojas del fondo, y bajan á la es-
cena. Al verlos Quevedo, que ya iba á salir, se detiene notando un
movimiento de terror en Margarita, que se esfuerza por ocultar su
turbacion y sus lágrimas.*

MEND. Su alteza! . . .

QUEV. *(Sonriéndose.)* Mirad! . . . La infanta
llora. . . de risa! . . .

(Con violencia.) Eso es. . . .

chistes de Quevedo. . . .

Pues!

MEND. Mejor! . . . Cuánta gracia, cuánta!

QUEV. *(M.)* Pues hoy con gracioso porte

que mil gracias ensarto,

al fin de mis gracias harto,

dejo, por gracia, la corte.

MEND. Y aun muy gracioso al marchar. . . .

QUEV. Un chiste acerté á decir. . . .

MEND. Que hizo á su alteza reir. . . .

QUEV. Pues; y de risa. . . . llorar.

Que, unidos en un engaste,

por lo alegre y por lo triste,

una lágrima y un chiste,

son. . . un chistoso contraste!

GRAN. Es verdad!

QUEV. Si bien lo mira

la excelente humanidad,

todo en el mundo es verdad! . . .

CAST. Cómo!

QUEV. Cuando no es mentira.

MEND. Ya que sin vuestra persona

en la corte nos quedamos,

¡qué de chistes aguardamos

de esa musa juguetona! . . .

Desde allá vos. . . ya lo sé:

sois en el chiste muy ducho;

QUEV. *(A Mendaña.)*

Mucho! mucho!
(A Margarita.) Mucho!
(A todos.) Mucho! !

MEND. Escribid!

QUEV. Escribiré.

Que al surear simples y mansos
las cortesanas espumas,
me han provisto ya de plumas
muchos, muchísimos ganzos.
Y van dispuestos y prontos
en mi alquitara mental. . . .
mil sonetos! . . .

MEND. Mil!—Qué tal?
Sobre qué? A!

QUEV. Sobre los tontos.

Ya os tendré presente á vos. . . .

(A todos.)

La amistad. . . . entre los dientes! . . .

Yo os tendré á todos presentes. . . .
porque. . . .

(Quevedo se interrumpe á un movimiento de angustia que hace Margarita, la cual saluda á todos con una inclinación de cabeza, y se dirige á la gradería, profundamente afectada. Quevedo se dirige también á darla la mano para subir, despues de hacer á los cortesanos una seña, como si quisiera decirle: "Concluiré al punto.")

MARG. (A Quevedo despidiéndose en la meseta y con profundo dolor.

Adios!

QUEV. (Idem besándola la mano.)

Adios!

(Margarita entra por el fondo. Quevedo, despues de seguirla con la vista, baja lentamente las gradas. Los cortesanos se dirigen á él, que los detiene con un ademán imperioso. Todos callan, y Mendizábal se frota las manos maliciosamente, como quien espera muchos chistes.)

QUEV. (A todos, con una risa violenta de avaro á desprecio, y en el tono que al actor le parezca mas conveniente.)

Adios! . . .

(Quevedo atraviesa la escena, cúlase el sombrero, se emboza y nase por la derecha; los cortesanos se miran unos á otros y cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

LA RUEDA

DE

LA FORTUNA.

SEGUNDA PARTE.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS

de don

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

EDICION DE LA CIVILIZACION.



MEJICO.

IMPRENTA DE JUAN R. NAVARRO,

Calle de Chiquis núm. 6.

1852.